

Montesquieu y el 2030

Charles Louis de Secondat (1689 – 1755) más conocido como el Barón de Montesquieu , o simplemente Montesquieu , es célebre por su teoría sobre la división de los Poderes pero su interés principal - y su obra - discurre sobre la riqueza y variedad de experiencias políticas que exhiben las comunidades humanas y procura legitimar estas distintas formas de organización social. Para Montesquieu, las leyes de un país deben estar de acuerdo con su naturaleza , es decir, su clima, su historia, sus valores, su religión y sus costumbres y tradiciones. El principio fundamental es que la sociedad sea virtuosa, no en un sentido moral – porque esto es relativo- sino, muy sencillamente, que esa sociedad sea capaz de promover lo que ella misma ha elegido promover.

Recientemente, en una tertulia en Radio El Espectador, expresé mi deseo que los partidos políticos uruguayos presentaran al pueblo para las próximas elecciones, junto a los tradicionales programas de gobierno (5 años), una breve reseña de cómo cada uno de ellos, veía el Uruguay en el año 2030. ¿Cómo quisieran que fuese?. Los partidos tradicionales y el Frente Amplio, en base a sus experiencias en el gobierno (municipal y nacional) podían encarar con realismo, conocimiento y comprensión este tema y presentarnos su “país objetivo”. Un Uruguay no solo deseable sino también posible y viable de construir en un período de veinte años.

Mi apuesta fundamental es que el Uruguay 2030 que nos propondrían las tres fuerzas políticas mayores del país - y también el Partido Independiente aunque no haya tenido experiencia de gobierno- no sería muy distinto en sus principios fundamentales. Es falso que el Uruguay está dividido en dos con respecto al país que deseamos. El 80% de los uruguayos podría llegar a un acuerdo sobre las características del tipo de país que quiere dejarle a sus hijos. Excluyo a un 10% de compatriotas de la izquierda clasista y combativa que todos conocemos y a otro 10% de la derecha clasista y represiva que también conocemos, y creo que estoy siendo generoso con la representatividad de ambos.

Un miembro de la tertulia replicó que mi propuesta era utópica y en cierto sentido tenía razón porque, efectivamente, se le estaría pidiendo a cada partido que defina su utopía. Sin embargo pienso que las mentes más lucidas y los políticos más experimentados de todos los partidos han observado que ciertas teorías -autóctonas o importadas- no logran concretarse más que en discusiones estériles que paralizan la acción del gobierno y de la sociedad y mantienen el país a la deriva. Tienen muy claro que los EEUU, la Unión Europea (incluidos países pequeños como Holanda o Bélgica) y, sin ir tan lejos , Brasil saben hacia donde quieren ir y donde quieren estar en el complejo mundo globalizado en el que debemos transitar hasta el 2030. Más allá de eso, han llegado a un acuerdo básico sobre qué tipo de sociedad quieren ser. En este sentido, forzar a los partidos políticos y a la sociedad a encarar seriamente el tipo de país que queremos y podemos ser es eminentemente pragmático y resultaría tremendamente revelador y positivo.

Todos los uruguayos, con excepción del 20% mencionado, queremos un país con una fuerte clase media. Queremos una democracia que nos permita elegir periódicamente a nuestros gobernantes o ser elegidos y que garantice los derechos políticos y civiles y las libertades de los ciudadanos. Queremos educación, salud y vivienda de calidad y accesible para todos

los uruguayos. Queremos fuerzas armadas subordinadas al poder político. Queremos un Estado eficiente y funcionarios con salarios dignos y con mística de servicio público. Queremos que pague mas impuestos el que tenga más. Queremos atraer la inversión extranjera , porque el ahorro y el desarrollo tecnológico nacional es bajo, pero queremos acordar condiciones que aseguren el mutuo beneficio de las mismas. Queremos una inserción internacional pragmática que nos permita crecer como país y no queremos estar ni vinculados ni desvinculados de nadie por otro motivo que no sea de nuestra soberana conveniencia. Queremos un Estado laico y total libertad de culto en el país. Queremos empresarios privados innovadores y competitivos cuyo derecho de propiedad sea respetado. Queremos sindicatos bien organizados que protejan las condiciones de trabajo en toda la República y viabilicen una solución pacífica a los diferendos. Queremos respetar, reconocer y permitir actuar y enseñar a quien tiene méritos; que ocupe cargos de responsabilidad en la esfera pública o privada quien mas capacidades –y no mas amistades- tiene. Queremos orden, una sociedad que no fomente ni excuse la criminalidad y que la combata con todos los medios que el estado de derecho permite. Queremos seguir superándonos en los índices sobre democracia electoral, medio ambiente, transparencia etc. en los que tenemos un tradicional liderazgo en América Latina y queremos seguir siendo, que lo somos, el país más solidario de este sub continente.

Lo anterior no es un sueño utópico porque, afirmaría Montesquieu, se enraíza en nuestras mejores tradiciones y se proyecta. Hemos logrado , en distintas épocas y de distinta manera, todos y cada uno de estos valores. Lo que me motiva sin embargo no es el auto elogio. Lo que quisiera dejar en evidencia es que es falso que el 50% de los uruguayos quieren una cosa y el restante 50% quiere otra, totalmente irreconciliable, como los radicales de una y otra punta quieren hacernos creer para mantener su desmedido protagonismo en la vida política nacional.

Podría decirse que lo enunciado es tan general que podemos estar todos de acuerdo y no se ha avanzado nada, pero es justamente ahí donde discrepo radicalmente. Lo enunciado es por cierto muy general pero deja abierto un amplio espectro de posibilidades sobre, por ejemplo, *cómo* lograr un acceso universal a la educación de calidad, a la salud o a la vivienda, ¿qué tipo de inserción internacional queremos? ¿Cuántas fuerzas armadas son necesarias? Todo eso puede conformar la agenda del debate político a futuro lo cual es sano y necesario en una democracia. Pero ponernos de acuerdo sobre estos objetivos confiere la posibilidad de centrar la agenda sobre como llegar a ellos y no sobre otra cosa..

Adiós, entonces, al “*empresario enemigo de clase*”; a la “*mano invisible que distribuye óptimamente los recursos*”; a la “*hegemonía del proletariado*” y a la “*libre competencia entre un Ferrari y un Fitito*”. Adiós al pro yanquismo y al antiimperialismo; a la dictadura y a la lucha armada; al cheto y al plancha; a los *hermanos ideológicos* y los que no lo son y a tantos otros pretendidos dilemas que nos tienen atrapados pensando que estamos divididos en torno a ellos. No estamos divididos para nada. No hay porqué estar ni con unos ni con otros, ni más cerca de unos que de otros. Es en este sentido que la propuesta de pedirle a los partidos políticos que definan su país objetivo al año 2030 no tiene nada de utópico.

Gonzalo Pérez del Castillo – 7de Febrero de 2008